CAPILLA ALFONSINA

XI

La cena y el desayuno

Cacomixtle llegó de vuelta á la casa cerca del anochecer.

Don Celso no había salido, y parecía dispuesto á no salir, porque había dejado la levita, poniéndose el chaquetón de dril blanco que le servía como de bata, y unas viejas chinelas de orillo.

—¿Ya estás de vuelta? dijo al muchacho.

—Sí, señor.

—¿Qué dicen esas mujeres?

—Nada: lloran mucho.

—¿Tú conociste á alguna?

—No, señor, no me acuerdo de ellas.

—Bueno: anda, deja los trastos, y mañana temprano les llevas el desayuno, á las siete: ¿lo entiendes?

— Sí, señor.

Cacomixtle entregó las dos canastas á Pilar.

— Nada comieron, dijo la vieja quitando las servilletas que las cubrían.

— Nada: si no más lloran.

— Ya se alegrarán, dijo Ramona.

— Ahora tú toma tu merienda, dijo Pilar al muchacho. Y le dió una taza de atole y un pedazo de pan del mismo que venía en las canastas.

Cacomixtle se sentó, haciéndose estúpido, en la puerta de la cocina: las dos viejas platicaban preparando la cena.

— ¡Ah! ¡qué guerra le ha dado esta Alejandra al señor! decía Ramona.

— Pero ahora, contestaba la otra, ya la tiene segura: ella será brava; pero al amo no le gana.

— Como que el señor es terco.

— Y afortunado. ¡Ah! ¡si usted viera qué gangas ha tenido!... Pues ahí donde usted le ve, ha tenido unas muchachas como unas rosas, y copetonas: ¡vaya, como yo le he visto tantas!... Porque eso sí se lo agradezco, y Dios se lo ha de pagar, que tiene conmigo tanta confianza, que en todos sus empeños de mí se vale, y la verdad que paga muy bien.

— ¡Oiga! ¿eh? ¿paga bien?

— Sí, no se amarra la bolsa para nada: consígale usted su gusto, y nada le niega; porque eso sí, la única

caidita que yo le conozco, son las mujeres; y cuidado, que hace como quince ó veinte años que le sirvo.

— ¿Tanto así, eh?

— ¿Pues no? Y siempre le he visto muchachas muy chulas: la verdad, eso sí, le alabo el gusto. Si usted viera, me acuerdo como si fuera hoy, de una señorita rica y preciosa como una perla, que nos fuimos á sacar una noche, y era casada, y tenía dos niños. Al principio lloraba mucho, ¡pobrecita! Se llamaba Matilde: es la que más le ha durado al amo.

— ¿Y qué le sucedió?

— La buscamos una noche, y anda véte; creo que se fué porque le vió al amo otra.

— ¿Y qué dijo el señor? ¿se enojó?

— ¡Bonito él para enojarse por eso! Me dijo: Pilar, se fué Matilde; me alegro, porque ya me había cansado.

— ¿Y los niños?

— Los repartí yo desde que llegó á casa la madre. El amo me dijo: A ver á quién das esos muchachos, que me estorban.

— ¿Y se murieron?

— No; yo sé dónde están, pero el amo nunca me ha preguntado por ellos. Cacomixtle, vé á poner la mesa para la cena, que es tarde, y el amo cena temprano cuando no sale.

Cacomixtle, edificado con la conversación, comenzó á

poner la mesa, pensando en la suerte que le esperaba á Alejandra.

Un mantel sucio, con manchas de chile, roto en algunas partes, platos y vasos muy ordinarios, y una botella con pulque.

Dieron las ocho, y don Celso gritó:

— Pilar, la cena.

Pilar entró con el primer platillo, y se quedó, según su costumbre, parada junto á la mesa, dando conversación á su amo.

Cacomixtle entraba y salía, procurando estar más tiempo en el comedor que en la cocina, para enterarse de la conversación y llevarle á Alejandra noticias al día siguiente, como se lo había prometido.

— ¿Pero ya la muchacha está conforme con usted? decía Pilar.

— No está, pero estará mañana, que es lo mismo, contestó don Celso.

— ¿De su voluntad?

— ¡Oh! no: eso para mí es lo mismo: si no quiere, ya encontré medio de obligarla.

— ¿Cómo?

— Muy fácilmente. Cacomixtle, á otra cosa.

Cacomixtle conoció que tenía que salir en un momento muy interesante; pero no había remedio, quedarse era sospechoso, corrió á la cocina, y cuando volvió, Pilar decía:

CAPILLA ALFONSINA

— Eso es, ella por miedo de que fusilen á la madre, no se resiste.

— Cabal.

— Pero ¡qué! ¿la fusilarán?

— No seas tonta: ¿cómo la iban á fusilar? ni hay por qué; pero ella no lo sabe, y cuando salgan, ya todo pasó, y no me importa que lo sepa.

— ¿Pero lo creerá ella?

— ¡Ya lo creo, vaya!

— ¿Y luego se las trae usted acá?

— Puede que no, porque mañana, luego que salga yo de verla, me voy á saber la resolución de Inesita, que creo que será buena, y esa sí me la traigo aquí por unos días.

Don Celso acabó de cenar; se dirigió á la recámara seguido de Pilar que llevaba una vela ardiendo; Cacomixtle quitó la mesa, y una hora después la casa estaba ya en silencio.

Al día siguiente, daban las siete de la mañana y Cacomixtle salía con los dos canastos como la víspera, y se dirigía para la Diputación.

Entregó el desayuno á Margarita, y se pasó al cuarto en que estaba presa Alejandra.

— Buenos días, Alejandra.

— Cacomixtle, ¿cómo te va? ¿qué noticias me traes?

— Muy buenas: anoche, en la cena, estuvieron hablando don Celso y Pilar.

—¿Quién es Pilar?

—La vieja que le cuida y que le ayuda en sus maldades, porque él es muy malo, muy malo.

—¡Ah, bien lo sé! ¿y qué decían?

—Según pude entender, que la iban á amenazar á usted con fusilar á su madre, si no condescendía.

—¡Dios mío! ¡qué gente tan infame! decía Alejandra llorando.

—Pero no tenga usted cuidado, porque son mentiras.

—¿Cómo han de ser mentiras, hijo? si ya me amenazó ayer, y dijo que hoy me había yo de resolver.

—No, si no digo que sean mentiras que han de amenazar á usted, sino que son mentiras que fusilen á la señora, si usted no quiere á don Celso.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Muy bien, porque Pilar preguntó, que si de veras fusilaban á su madre de usted, en caso de que no consiguiera nada, y don Celso le dijo: «¡Tonta, si eso no es más que espantarla! ¿Cómo habían de fusilar á esa mujer? Ni hay por qué».

—¿Eso dijo?

—Eso.

—¿Es la verdad? ¿no me engañas? Júramelo.

—La verdad, se lo juro á usted.

Y el muchacho hizo con la mano la señal de la cruz, y la besó.

CAPILLA ALFONSINA

—¿Entonces qué haré?

—Resístase usted, pero no se dé por entendida, porque nos perdemos los dos.

—¿Y si le hace algo á mi madre? ¿y si de veras la fusilan?

—No tenga usted miedo: no le hacen nada; usted estése firme, y yo le diré lo que haya; por ahora desayúnese usted bien, ya que no hay cuidado.

Alejandra se desayunó más tranquila.

—A las doce viene don Celso, dijo Cacomixtle.

—¡Qué miedo le tengo!

—¡Qué miedo, ni qué miedo, firme!

—¿Ya te vas?

—Sí, no me vayan á extrañar.

—¿Trajiste el lápiz y el papel?

—No he podido, hasta el mediodía que venga yo.

—No se te olvide.

—No, hasta luego.

El muchacho recogió las dos canastas y volvió á la casa.

A las once y media entraba don Celso á ver á Alejandra.

—Buenos días, hija: ¿cómo ha ido? ¿se ha dormido bien?

Alejandra no contestó.

—Bueno: estamos enojados: eso no durará ya mucho: ¿es verdad, vida mía?

Y llevó su mano á la cara de Alejandra, para hacerle un cariño: la muchacha le rechazó bruscamente.

— Vamos, á ti es necesario tratarte mal. ¿Qué resuelves? Se ha cumplido el plazo: ó salgo de aquí feliz, ó tu madre sale al cadalso.

— ¡Es usted un malvado!

— Malvado ó no, tú no tienes más remedio que ser mía, porque no te creo capaz de dejar morir á doña Margarita, que es joven todavía y te quiere mucho la pobre. Ya creo que vas á decirme mil denuestos, pero que maldiciéndome una y mil veces, vas á caer en mis brazos. Haces bien, resístete, enfurécete; así estás más encendida de color, más bonita, gozaré más. Esas resistencias nos agradan más á los hombres de mundo y de buen gusto, porque nos exaltan más; pero ya verás qué contenta te pones dentro de pocos días: me vas á querer mucho: así ha pasado con muchas: no soy tan malo; no es el león como le pintan.

— ¡Señor, salga usted de aquí, por última vez! Estoy resuelta á todo antes que á volver á ver á usted: ¡le aborrezco!

— ¿Decididamente?

— Sí, y mil veces sí.

— Tú sabes lo que haces: me voy; ya verás los resultados: si te arrepientes, mándame llamar: ya dejo orden para que, si me necesitas, me vayan á avisar.

CAPILLA ALFONSINA

Don Celso salió, y se dirigió al cuarto de Margarita.

— Señora, le dijo secamente, si quiere usted escribir á su hija, tienen orden de darle á usted papel y tinta, avísele usted que hay orden de fusilar á usted por espía de los bandidos.

Margarita cayó como herida de un rayo.

Dos horas después Alejandra recibía una carta de su madre despidiéndose porque iba á morir.

Imposible sería describir la angustia de la pobre niña. ¿Para qué había creído á Cacomixtle?

Cualquier sacrificio le parecía pequeño tratándose de salvar la vida de Margarita.

Tocó la puerta y dijo al carcelero:

— Hágame usted el favor de que busquen á don Celso inmediatamente: que venga luego, luego.

— Sí, señora: hay orden de buscarle, cuando usted le necesite.

Don Celso había ido á casa de Inés, donde pasó la última escena que hemos visto y en la que Valdespino perdió la última esperanza, y el enviado de la cárcel no le encontró por eso en su casa.

A las dos se abrió el separo, y un carcelero entregó á Alejandra la canasta con la comida: Cacomixtle no había ido.

Esta circunstancia hizo confirmar los temores de Alejandra: el muchacho la había burlado cruelmente.

Alejandra temblabla: aquel sacrificio que le parecía tan cruel le deseaba ahora: anhelaba caer en brazos de don Celso, para salvar á Margarita. Daban las cuatro y Valdespino no podía tardar, y Alejandra esperaba á su verdugo, como si esperara á su amante: estaba resuelta.

CAPILLA ALFONSINA

XII

Por qué Cacomixtle no llevó la comida

Cacomixtle llegó á la hora de costumbre á la Diputación, con las canastas de la comida.

Al subir las escaleras de la cárcel vió en uno de los tramos á un general, bajo de cuerpo, de grandes bigotes, ojos claros y de movimientos rápidos como todos los hombres de genio violento, que hablaba en un gran grupo de oficiales que le escuchaban con el mayor respeto.

Cacomixtle se atrevió á preguntar quién era, y le dijeron que aquel hombre era el general O'Horán.

El muchacho tuvo una idea brillante, una verdadera inspiración.

En un momento subió las escaleras, entregó las dos canastas en la alcaidía, encargando que las metiesen